

Arqueología de la Sierra de San Francisco: dos décadas de investigación del fenómeno Gran Mural

*María de la Luz Gutiérrez Martínez
Centro INAH-BCS*

Introducción

En el ámbito de la investigación arqueológica del país, Baja California permaneció durante décadas como una tierra inexplorada. Su condición de marginación extrema ha sido en gran medida el factor responsable de su muy peculiar desarrollo histórico desde tiempos muy remotos. El desinterés histórico en la península es paradójico porque durante años se presentó en proporción inversa a la importancia y riqueza de su arqueología, de su historia y en general de sus asuntos antropológicos, sin olvidar el extraordinario arte rupestre que concentra.

En el relativo aislamiento de Baja California tuvieron lugar interesantes desarrollos culturales que nos llevan a preguntarnos hasta donde son válidas las distinciones tradicionales en cuanto a la complejidad social entre cazadores-recolectores y grupos sedentarios agricultores. Aun cuando existen rasgos culturales compartidos, el avance en las investigaciones hace cada vez más evidente el desarrollo de complejos únicos que surgieron como innovaciones regionales; un ejemplo de este mosaico cultural son las abundantes tradiciones de arte rupestre que se extienden por toda la península, así como las elaboradas costumbres funerarias que se han identificado, sobre todo en la Región del Cabo. Esta diversidad y riqueza cultural es sorprendente sobre todo, si se observa según los tradicionales esquemas asignados al modo de vida cazador-recolector, los cuales durante años, se basaron en el muy extendido concepto de que la pobreza de la cultura material refleja una pobreza intelectual similar. A la luz de las nuevas investigaciones, éste concepto se derrumba irremediabilmente.

A continuación se presentaran los resultados de un largo proceso de investigación desarrollado en la Sierra de San Francisco y áreas aledañas, el cual se remonta en sus orígenes al inicio de la década de los ochenta. La etapa más reciente de esta investigación culminó en 1995 y el balance que presentamos aglutina los esfuerzos de años de investigación en el área.

Un poco de historia

Como es de todos sabido, uno de los aspectos que más han llamado la atención de arqueólogos y público en general es el arte rupestre que se manifiesta a lo largo de la península. De entre todos es el Gran Mural el que ha acaparado el mayor interés; y no es sorprendente si consideramos que sus atributos lo colocan como uno de los más espectaculares y bien conservados del mundo. Como se mencionó, los resultados hasta ahora obtenidos en torno a este estilo pictórico se iniciaron en 1981, cuando el Instituto Nacional de Antropología e Historia realiza el primer trabajo arqueológico en la región (García-Bárcena y Mora 1980; García-Uranga

1984; García-Uranga y Gutiérrez 1984). Haciendo un recuento muy rápido de este largo proceso, el primer paso consistió en realizar el inventario del arte rupestre y de otro tipo de manifestaciones arqueológicas que se manifiestan en estas montañas. Más adelante, la investigación se extendió más allá de las vertientes limítrofes de la sierra abarcando áreas colindantes como el desierto de Vizcaíno, la costa del golfo y las estribaciones occidentales y orientales de estas montañas. Aun cuando en sus inicios, se necesitaba conocer la magnitud del recurso cultural aquí concentrado para su eventual protección, desde entonces estábamos convencidos de la necesidad de “escapar de los recintos rupestres” e intentar comprender este sistema simbólico en el ámbito de su más amplio contexto cultural.

Entre 1992 y 1993 tuvo lugar la etapa más reciente de esta investigación: el proyecto Arte Rupestre de Baja California Sur (Gutiérrez 1992), un estudio de enormes proporciones acerca de la arqueología y el arte rupestre Gran Mural de Baja California central. Gracias a la inclusión de la sierra de San Francisco dentro de un programa de proyectos especiales de arqueología sin precedentes en el país, se logró desarrollar en un tiempo relativamente corto, lo que en condiciones normales nos habría llevado años. Ahora, a dos décadas de su inicio este programa de investigación culmina con la aportación de una gran cantidad de nuevo conocimiento acerca de la prehistoria de la Sierra de San Francisco y su Gran Mural. En estrecha colaboración con el Dr. Justin R. Hyland, esta productiva etapa nos permitió realizar un intenso programa de prospección, excavación y fechamiento, consiguiéndose un avance muy significativo en el conocimiento de la arqueología regional. A continuación trataré de presentar brevemente los hallazgos y avances más significativos logrados por el proyecto Arte Rupestre de Baja California Sur (Gutiérrez y Hyland 1994b), aunque lo confieso, es difícil hacerlo en tan poco tiempo.

El impacto de Los Murales

En términos de escala, esta tradición representa una de las más grandes imagerías prehistóricas del mundo asociadas con sociedades cazadoras-recolectoras. Además de la enorme escala de las figuras, a menudo estas se encuentran plasmadas en elevadas posiciones de las paredes y techos de los abrigos rocosos. Tanto sus dimensiones como su peculiar ubicación representan en conjunto una impresionante inversión de trabajo y recursos cuando es considerada en el contexto del desértico hábitat de los grupos cazadores-recolectores que la crearon.

Los rasgos más sobresalientes de la tradición Gran Mural son: 1) la frecuente escala monumental de la imagería, lo que sugiere una substancial inversión de trabajo; 2) la distribución restringida de la imagería Gran Mural en la península y una marcada homogeneidad del Subestilo Sierra de San Francisco (Figura 1); y 3) una fuerte separación de las otras tradiciones pintadas y grabadas que se manifiestan a todo lo largo de la península de Baja California.

Desde un punto de vista antropológico considerar estos rasgos nos había llevado al planteamiento de una serie de cuestionamientos que actualmente, gracias a los resultados del presente estudio, podemos empezar a evaluar: la cronología e intensidad de la ocupación prehistórica en el área, el lapso en el cual se produjeron los murales, el contexto ecológico, espacial y social en el que se dio la producción del Gran Mural, el papel que jugó en la vida social prehistórica, y algo muy importante, averiguar si este fenómeno pictórico fue parte de una complejidad social creciente entre los grupos cazadores recolectores de la península central.



Figura 1. El Batequi, arroyo de Batequi, vertiente occidental de la Sierra de San Francisco.

Patrón de asentamiento regional

Ubicación de los sitios murales dentro del paisaje cultural prehistórico

El programa de prospección fue llevado al cabo en orden de proporcionar una base de datos representativa que permitiese inferir los patrones de obtención de recursos, movilidad y asentamiento prehistóricos. Como se esperaba, la densidad de las manifestaciones arqueológicas fue más alta en los suelos aluviales que rodean la sierra donde predominan las asociaciones de cardones y donde la cubierta vegetal puede alcanzar el 30% (Figura 2). La más alta diversidad de manifestaciones arqueológicas fue registrada en las mesas rocosas y secciones de malpaís. Al nivel de una burda escala temporal, la coexistencia de puntas de proyectil tempranas y tardías sugiere una muy posible ocupación de varios miles de años en algunos sitios estratégicos. Como era de esperarse, los artefactos mostraron una fuerte continuidad tipológica con los inventarios de sitios y artefactos descritos en otra parte para la península central.

Una diferencia clave se relaciona con la naturaleza de la ocupación costera en el área del proyecto. Donde es evidente que el patrón de ocupación en la costa y el aprovechamiento de recursos eran de corto plazo, probablemente estacional, acoplado a actividades relacionadas con el transporte a larga distancia de recursos marinos colectados hacia sitios del interior. Este patrón resultó de la ausencia de agua fresca a lo largo de esta sección de la costa del Golfo. Los datos de superficie también testifican la enorme importancia de las actividades de molienda a través de los diversos ambientes encontrados en el área.

El hallazgo del yacimiento de obsidiana Valle del Azufre (Gutiérrez y Hyland 1998; Hyland y Gutiérrez 1994) reveló el origen geológico de los abundantes artefactos de obsidiana



Figura 2. Sitio Los Corralitos, vertiente oriental de la Sierra de San Francisco.

encontrados en los sitios de esta área (Figura 3). De trascendental importancia resultó el poder evaluar los patrones de intercambio prehistórico con base en la distribución de los artefactos derivados de este yacimiento. A pesar de que aquí se encuentra la mejor calidad de este vidrio volcánico en la península, la distribución de dicha obsidiana está bastante restringida, no más de 200 km desde la fuente. Como lo indican las numerosas fosas mineras que lo cubren, este yacimiento es asombroso por la clara intensidad de la extracción prehistórica que ahí tuvo lugar (Shackley et al. 1996). El rancho donde se encontró la punta Clovis de obsidiana, el Batequi (rancho del mismo nombre) se localiza muy próximo al Valle del Azufre e indica que la fuente se empezó a aprovechar por lo menos hace 10,000 años. Probablemente el periodo de explotación más intensivo de este yacimiento cae dentro de los últimos 2,000 años e incluso puede ser contemporáneo al periodo de la producción Gran Mural (Gutiérrez y Hyland 1994; Hyland y Gutiérrez 1996).

Las excavaciones realizadas en algunos sitios murales produjeron importante y novedosa información con respecto a la naturaleza de la ocupación prehistórica de los sitios Gran Mural en la Sierra de San Francisco. La evidencia testifica las actividades que aquí tuvieron lugar, tales como manufactura de instrumentos líticos, de cordel, preparación de alimentos, molienda y procesamiento de pigmentos y pinturas. Muchos de los artefactos aquí encontrados son diagnósticos de la prehistórica tardía Cultura Comondú. A pesar de que la mezcla de los depósitos imposibilita en gran medida la evaluación de los cambios en los patrones de subsistencia, en los restos florales recuperados predominaron las especies propias al verano tardío y principios del otoño. Esta evidencia satisface la expectativa derivada de las fuentes etnohistóricas, la cual nos indica que el principal periodo de ocupación de los sitios murales y la actividad pictórica asociada, tuvo lugar durante las agregaciones de finales del verano y principios del otoño, en la que hemos denominado la estación ceremonial.

Cronología e historia cultural

Una de las más importantes contribuciones de este estudio es el reporte de la mayor cantidad de fechas radiocarbono obtenidas hasta el momento para esta parte de la península. Las 81 fechas tienen un rango que va de la transición del Pleistoceno-Holoceno hasta el periodo

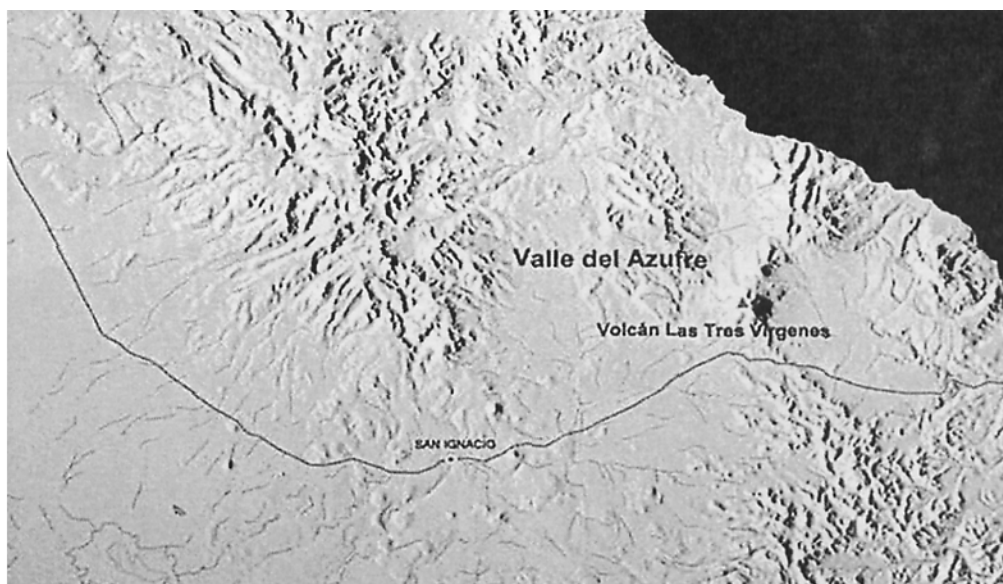


Figura 3. La Sierra de San Francisco y el yacimiento de obsidiana Valle del Azufre.

histórico. La cúspide alcanzada por la distribución de fechas ocurre durante los siglos XV y XVI d.C.

La fecha más temprana de $10,860 \pm 90$ a.P. (fecha calibrada: 11,040–10,620 a.P.) concuerda con el periodo de las dos puntas acanaladas tipo Clovis reportadas por el proyecto, hallazgos que incrementan a tres la cantidad de puntas acanaladas reportadas para el área. Hasta el momento, estas puntas constituyen la muestra total de puntas acanaladas encontradas en la península.

Por supuesto, una de las preguntas clave de la cronología en el contexto del presente estudio concierne al fechamiento de la producción Gran Mural en la Sierra de San Francisco. El fechamiento de los murales es crucial para la investigación del cómo y el porqué del fenómeno y la comprensión de sus relaciones con otros factores diacrónicos tales como los cambios demográficos prehistóricos y los cambios climáticos. Actualmente la pregunta ¿qué tan antiguos son los murales? puede ser contestada al abrigo de dos fechas confiables que ubican la tradición Gran Mural en por lo menos 3300 a.P. (San Gregorio II: 2985 ± 65 AP, edad calibrada 1410-1030 a.C. y Cueva de la Palma: 3245 ± 65 a.P., edad calibrada 1690-1410 a.C.).

Las fechas directas de imaginería Gran Mural que conocemos para la Cueva del Ratón son problemáticas cuando las comparamos con las fechas de la ocupación de los sitios murales ya que parecen contradecir las relaciones de superposición de las figuras muestreadas. En tanto que no se realicen fechamientos directos adicionales, la gran muestra de fechas de los contextos excavados y de superficie de los sitios murales, que contienen abundante evidencia de la actividad pictórica, y las dos fechas de San Gregorio permanecen como el mejor indicador directo del lapso cronológico en que la producción Gran Mural tuvo lugar en la Sierra de San Francisco.

Interpretación de los murales con base en la etnohistoria peninsular

La unidad histórico-cultural de la península sugiere que el análisis de su etnohistoria y su etnografía pueden proporcionar nociones decisivas para el entendimiento del papel que jugó el

Gran Mural en la prehistoria. A través de un detallado examen de las fuentes etnográficas y etnohistóricas peninsulares, hemos identificado un conjunto de conceptos religiosos pan-peninsulares, prácticas rituales y ceremonias relacionadas que hemos denominado el complejo ceremonial peninsular. La veneración de los ancestros conformó el núcleo de la ideología religiosa peninsular alrededor de la cual se desarrolló un conjunto de prácticas rituales. Encabezando estas prácticas estuvo la comunicación con los ancestros a través de la personificación de la muerte y la posesión del espíritu bajo un estado de trance, el cual por lo común fue inducido a través de la intoxicación por tabaco. La capa de cabello humano y la tabla ceremonial, exclusivos artefactos de la cultura material peninsular, junto con las figuras talladas y pintadas y los bastones emplumados, forman un set consistente de la parafernalia ritual asociada al complejo que sirvió como imagen sustituta para los ancestros durante los actos rituales. Se sugiere una considerable profundidad en el tiempo para este complejo por la concordancia del mito a lo largo de toda la península y la extendida distribución etnográfica y arqueológica de material cultural asociado con dicho complejo.

La importancia e intensidad de la elaboración de imágenes en la península para la representación de los muertos y los ancestros es la clave para la comprensión del significado y el papel de los Grandes Murales dentro del contexto histórico específico de la ideología y la religión peninsular. A través de la detallada lectura de las fuentes etnohistóricas y etnográficas, ciertos rasgos de la imaginería Gran Mural tales como la perforación por flechas y las formas estípticas adquieren cierto sentido, dada la recurrente metáfora de la muerte y la agonía y la importancia de la posesión del espíritu y el trance en el desarrollo del ritual peninsular.

Estilo, identidad social y la arqueología de regiones

Uno de los objetivos de este estudio fue investigar cómo la variación del Gran Mural puede relacionarse con la identidad social. Esto fue analizado al nivel de los grupos de dialectos y a nivel comunitario.

En la escala del grupo de dialectos, aparece una fuerte correlación entre la distribución del Gran Mural y el área sobre la cual fue hablado el dialecto ignacieño cochimí durante la primera mitad del siglo XVIII. Ritter ha señalado que la correspondencia entre el cambio del dialecto cochimí y la burda frontera entre las tradiciones rupestres de los Grandes Murales y el Northern Abstract se sitúa aproximadamente a la altura de la Misión de San Borja y ha sugerido que “los límites estilísticos del arte rupestre coinciden con una división lingüística/cultural entre los pueblos Cochimí/Comondú” (Ritter 1995:20). Hacia el sur, una co-ocurrencia similar de los límites del dialecto y los estilos de arte rupestre es observada alrededor de la latitud de Bahía Concepción separando la tradición Gran Mural y la tradición Sierra Giganta Abstract y el ignacieño, un dialecto cochimí septentrional y el cochimi sureño. ¿Cómo puede ser evaluada esta probable correspondencia entre estilo y grupo cultural?

La identificación de entidades sociales a través de variaciones en la cultura material, ha sido una preocupación añeja de la arqueología. Esto no es sorprendente puesto que se puede argumentar que toda interpretación arqueológica concerniente a asuntos de relevancia antropológica debe realizar tales asociaciones, al menos en cierto nivel. Lo que es claro es que las relaciones entre cultura material, y específicamente el “estilo” en la cultura material, y la etnicidad o cualquier otra construcción social, nunca es directa. Conkey (1990:11) advierte que la correlación entre el estilo y las entidades sociales – en el caso que nos concierne, entre la distribución de la imaginería Gran Mural y el grupo dialectal ignacieño – “no pueden por ellas

mismas revelar la causa de la relación ni ser tomadas como evidencia de interrelación". Más bien, los procesos sociales inferidos de tales correlaciones necesitan ser sustentados con evidencia arqueológica independiente.

Una línea de evidencia arqueológica independiente puede ser la distribución de la obsidiana del yacimiento Valle del Azufre. La distribución de esta obsidiana está ampliamente definida por los límites septentrional y austral de la imagerie Gran Mural y los cambios de lenguaje y dialectales descritos anteriormente. Si el modelo propuesto para la correlación geográfica entre el arte rupestre y el lenguaje, postula que un grupo lingüístico se conservó mediante parentesco recíproco a través de arreglos matrimoniales, intercambio y el uso común de prácticas sociales y rituales representados por el arte rupestre, entonces los datos de la obsidiana del Valle del Azufre, como evidencia de patrones de intercambio prehistórico, pueden ser un sustento independiente adicional para esto.

En una escala geográfica, la variación en la imagerie de la Sierra de San Francisco es asumida por ser funcional para la comunidad, o en un nivel intra-dialectal. Una estimación de la geografía social de la organización de las comunidades peninsulares indica que fue común para los territorios de linaje centrarse en los grandes arroyos. Dado el probable papel que jugó el Gran Mural al interior de los contextos rituales relacionados con la veneración de ancestros de linaje, se ha postulado que esta imagerie pudo variar entre los arroyos principales. Esto fue evaluado a través del análisis de la distribución de los estilos de tocados entre cuatro importantes arroyos en la Sierra: Arroyo de San Pablo (Figura 4), Arroyo de San Gregorio, Arroyo del Parral (Figura 5), y el sitio Cuesta Palmarito en el Arroyo de Santa Marta. Los tocados fueron seleccionados debido a que son uno de los rasgos más elaborados de la imagerie, y debido a que el extendido uso de los tocados es indicativo de identidad (Wobst 1977).

Los resultados confirmaron el predominio de unos pocos tipos de tocados recurrentes en la Sierra de San Francisco y sorprendentemente indicaron una fuerte variación entre arroyos que es improbable debido a que tendría que reconocerse una variación temporal entre estos. La distinción más marcada se expresa entre los principales conjuntos monotípicos de los dos arroyos australes, El Parral y Palmarito (Santa Marta) y los conjuntos más diversos de los dos arroyos septentrionales, San Pablo y San Gregorio. El hecho de que más de un tipo de tocado ocurra en un solo arroyo podría parecer contradecir la postulada asociación del arroyo y el linaje. Sin embargo, tal variación politépica puede esperarse dentro del contexto de la segmentación del linaje donde los linajes de las hijas rastrean a los ancestros hacia atrás a través de diversas cabezas de sub-linaje hasta el ancestro fundador. Por sí mismos, los datos relativos a los tocados por supuesto pueden tener algún componente temporal, los conjuntos politépicos de los arroyos norteños pueden representar los efectos de una segmentación del linaje a través del tiempo.

Parecería ingenuo el sugerir que la función de los Grandes Murales es la demarcación de cualquier territorio real en un sentido ecológico. Efectivamente, los asentamientos regionales y los datos de subsistencia, sugieren una elevada movilidad a lo largo de extensos territorios, mismos que pueden absorber cualquier territorio discreto centrado en el arroyo. Entonces, por el contrario, los Grandes Murales pueden verse como un intento por mediar la contradicción entre una geografía idealizada y la geografía social real, un intento por vincular a los grupos sociales con el lugar, al menos en términos ideológicos, donde dicha vinculación no puede instrumentarse en la práctica.



Figura 4. Cueva La Pintada, Arroyo de San Pablo, Sierra de San Francisco.



Figura 5. El arroyo de Parral en la Sierra de San Francisco.

El "porque" de los Grandes Murales

Mientras el análisis de los materiales etnohistóricos y etnográficos nos permitió un mejor entendimiento del probable papel del Gran Mural dentro del extendido contexto del ritual y la religión peninsulares, aún estamos enfrentando la siguiente pregunta: ¿por qué esta impresionante inversión en imaginería visual se desarrolló en este lugar y en este tiempo? Las

rígidas convenciones estilísticas de la imaginería sugieren que los Grandes Murales pueden representar el surgimiento de un culto restringido espacialmente a la península central y la manifestación de la intensificación de las estructuras religiosas e ideológicas de larga duración identificadas en este estudio. ¿Qué factores pudieron estar detrás de tal desarrollo?

Un escenario posible es que el Gran Mural estuvo relacionado con el incremento de una circunscripción social y ecológica derivada de los incrementos en la población en la península central (Conkey 1978, 1980; Jochim 1982). La intensificación de prácticas rituales y la elaboración de artes visuales son postuladas como variables que juegan un importante papel en condiciones de “tensión numérica” (*scalar stress*), la cual es provocada por el incremento de la población durante las agregaciones, por los requerimientos para integrar grandes unidades reguladoras y como coadyuvante en la indicación y negociación de la identidad (Hays 1993; Johnson 1982, 1989; Ritter 1994; Turpin 1990). Como fue discutido anteriormente, los datos de radiocarbono pueden proporcionar cierta evidencia acerca del incremento de los niveles de población en el área del proyecto durante los primeros siglos d.C.

Aun cuando la teoría de la “tensión numérica” (*scalar stress*) ofrece importantes elementos para la comprensión del fenómeno mural, es en esencia, un marco funcionalista que tiende a eclipsar el papel de la entidad individual. Consecuentemente, es importante reconocer cual fue el papel productivo del individuo en el fenómeno mural. Personajes tales como los chamanes pudieron actuar durante las oportunidades que trajo consigo un cambio demográfico y la fluctuación en los recursos para incrementar su prestigio social y la influencia mediante su acceso al poder y a la autoridad de linaje, integrado materialmente en los Grandes Murales. Como Hays (1993:87) ha señalado en otro contexto, es posible que tales individuos pudieran alcanzar su objetivo y mantener “el orden solo con base en el poder ritual y social, en ausencia de una habilidad para esgrimir el poder económico y político”. En este sentido, los Grandes Murales pueden ser vistos como parte de una negociación de poder entre los individuos, que Hayden (1994) califica como una expansión de la conducta. El acto de pintar los Grandes Murales en sí mismo, involucró una substancial inversión de tiempo, trabajo y habilidad para crear una figura monumental, que indudablemente incrementó el poder y el prestigio social del pintor. La celebración es también un importante componente de esta competencia y por consiguiente no es sorprendente encontrar que el festejo redistributivo fue el rasgo nuclear de las peninsulares y extendidas ceremonias funerarias de los yumanos peninsulares (McGuire 1992), a las cuales han sido asociadas los Grandes Murales en este estudio.

Significado de la investigación y orientaciones futuras

El significado del presente estudio puede ser evaluado en términos de su contribución tanto a los asuntos y prioridades de la investigación regional y de una investigación más general. Este estudio ha colocado la infraestructura para el trabajo futuro en esta área, gracias a la descripción en cierto detalle de los patrones regionales de asentamiento, intercambio y la cronología. En el amplio contexto regional de la arqueología peninsular, se ha incrementado considerablemente nuestro conocimiento de los patrones arqueológicos en la península central entre Bahía Concepción y Bahía de los Ángeles, las dos áreas de la península central donde ya había sido realizado trabajo anterior.

Los resultados aquí expresados sugieren cierta cantidad de áreas para realizar investigación adicional. Más trabajo será dirigido hacia la evaluación de los patrones de tocados reconocidos en la Sierra de San Francisco. Otros rasgos de la imaginería y otras clases de datos

arqueológicos pueden ser examinados para ver si existe una similar o divergente co-variación geográfica.

Asimismo es necesario continuar la investigación en relación con el fechamiento directo de la imaginería en conjunción con el análisis de la composición de la imaginería y otros aspectos de la tecnología prehistórica asociada a la producción mural.

El sexo y la división de edades en los grupos cazadores recolectores forman la base primaria para definir las relaciones sociales de producción. Un aspecto que necesita ser discutido es cómo cambian las relaciones de producción al paso del tiempo con relación al fenómeno mural. Por ejemplo, ¿acaso la intensificación del ritual representada por la producción mural conduce a o requiere de la apropiación de los productos colectados por las mujeres y el trabajo de procesamiento de los alimentos? ¿Cómo están bosquejadas y externadas las relaciones de producción dentro de la misma imaginería?

La antropología, durante mucho tiempo obcecada por un mal dirigido énfasis en el igualitarismo de los cazadores-recolectores, ha progresado mucho en relación a la comprensión de estas sociedades en términos de las mismas fuerzas de trabajo presentes en otras formaciones sociales. Ello ayudó a derrumbar la perniciosa dicotomía de las llamadas sociedades “complejas” y “no-complejas”, con sus asociadas implicaciones evolucionistas. Tal y como los australianos y otros datos etnográficos aclaran, no existe un vínculo necesario entre lo tecnológico y las esferas sociales e ideológicas: la simplicidad tecnológica puede ser coincidente con elaborados y complejos sistemas de parentesco, intercambio y alianzas, cosmologías y prácticas rituales (Bender 1989; Tilley 1991:157-158). Las móviles comunidades cazadoras-recolectoras que crearon los Grandes Murales, aun viviendo en un medio ambiente árido y sin cerámica u otras tecnologías de almacenamiento de largo plazo, representan otro importante caso de una complejidad social en el contexto de simplicidad tecnológica.

Bibliografía

Bender, Barbara

- 1989 “The roots of inequality”, en *Domination and resistance*, Daniel Miller, Michael Rowlands y Christopher Tilley, eds. pp. 83-95, Unwin-Hyman, London.

Conkey, Margaret W.

- 1978 “Style and information in cultural evolution: toward a predictive model for the Paleolithic”, en *Social Archaeology*, Charles L. Redman, Mary Jane Berman, Edward V. Curtin, William T. Langhorne, Jr., Nina M. Versaggi y Jeffrey C. Wanser, eds., pp. 61-85, Academic Press, New York.
- 1980 “Identification of prehistoric hunter-gatherer aggregation sites: the case for Altamira”, *Current Anthropology* 21:609-630.
- 1990 “Experimenting with style in archaeology: some historical and theoretical issues”, en *The uses of style in archaeology*, Margaret W. Conkey y Christina A. Hasdorf, eds., pp. 5-17, Cambridge University Press.

García-Barcena Joaquín y J. I Mora Echeverría

- 1980 *Proyecto para los trabajos arqueológicos de emergencia en la península de Baja California, México*, mecanoscrito entregado al Consejo de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

García-Uranga Baudelina

- 1984 *Informe de los trabajos realizados durante la primera temporada de campo del*

- proyecto de localización, registro y estudio de sitios con pinturas rupestre y/o petroglifos en la península de Baja California, México*, mecanoescrito entregado al Consejo de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- 1986 *Informe de los trabajos realizados durante la primera temporada de campo del proyecto localización, registro y estudio de sitios con pintura rupestre y/o petroglifos en la península de Baja California, México*, mecanoescrito entregado al Consejo de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- García-Uranga, B. L. y Ma. de la Luz Gutiérrez M.
- 1984 *Informe de los trabajos realizados durante la segunda temporada de campo del subproyecto de localización y registro de sitios con pintura rupestre y/o petroglifos en la península de Baja California, México*, mecanoescrito entregado al Consejo de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- Gutiérrez M., Ma. de la Luz
- 1991 *Informe de los trabajos correspondientes a la segunda temporada de campo del proyecto Conservación y estudio de sitios arqueológicos con manifestaciones rupestres de la Sierra de San Francisco, B.C.S.*, mecanoescrito entregado al Consejo de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- 1992 *Proyecto Arte Rupestre de Baja California Sur*, INAH/Fondo Nacional Arqueológico, mecanoescrito entregado al Consejo de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- Gutiérrez M. Ma. de la Luz y Justin. R. Hyland
- 1993 *Proyecto Arte Rupestre de Baja California Sur*, mecanoescrito entregado al Consejo de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- 1994 “La Punta Clovis de El Batequi”, *Arqueología Mexicana* 2(8):82-83.
- 1994b *Informe técnico final del proyecto Arte Rupestre de Baja California Sur*, mecanoescrito entregado al Consejo de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- 1998 “El yacimiento de obsidiana Valle del Azufre, Baja California Sur”, *Arqueología* 19:45-54.
- Hayden, Brian
- 1994 “Competition, labor, and complex hunter-gatherers”, en *Key issues in hunter-gatherer research*, Ernest S. Burch Jr. y Linda J. Ellanna, eds., pp. 223-39, Berg, Oxford.
- Hyland, Justin R. y Ma. de la Luz Gutiérrez
- 1995 “Valle del Azufre: A new obsidian source in Baja California”, *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 31(1&2):103-111.
- 1996 “An obsidian fluted point from central Baja California”, *Journal of California and Great Basin Anthropology* 18:126-128.
- Hays, Kelley A.
- 1993 “When is a symbol archaeologically meaningful? meaning, function, and prehistoric visual arts”, en *Archaeological theory: who sets the agenda?*, Norman Yoffee y Andrew Sherratt, eds., pp. 81-92, Cambridge University Press.
- Jochim, Michael
- 1983 “Paleolithic cave art: some ecological speculations”, en *Hunter-gatherer economy in prehistory: a European perspective*, G. N. Bailey, ed. pp. 212-219, Cambridge University Press.

- Johnson, Gregory A.
 1982 “Organizational structure and scalar stress”, en *Theory and explanation in archaeology: the Southampton conference*, Colin Renfrew, M. J. Rowlands y Barbara Abbott Segraves, eds., pp. 389-421, Academic Press, New York.
 1989 “Dynamics of Southwestern prehistory: far outside – looking in”, en *Dynamics of Southwestern prehistory*, Linda S. Cordell y George J. Gumerman, eds., pp. 371-389, Smithsonian Press, Washington, D.C.
- Lewis-Williams, J. D.
 1997 “Agency, art and altered consciousness: a motif in French (Quercy) Upper Paleolithic parietal art”, *Antiquity* 71:810-830.
- McGuire, Randall H.
 1992 *A Marxist archaeology*, Academic Press, New York.
- Ritter, Eric W.
 1995 “Explaining regional differentiation in central Baja California rock art”, en *Rock Art Papers* 12:9-22, San Diego Museum Papers 30.
- Shackley, M. Steven, Justin R. Hyland y Ma. de la Luz Gutiérrez M.
 1996 “Mass production and procurement at Valle del Azufre: A unique archaeological obsidian source in Baja California Sur”, *American Antiquity* 61(4):718-731.
- Stanley Price, Nicholas
 1995 *Conservation of rock art in Baja California, Mexico: report on the first two field campaigns, 1994-1995*, Getty Conservation Institute.
- Tilley, Christopher Y.
 1991 *Material culture and text: the art of ambiguity*, Routledge, London.
- Turpin, Solveig
 1990 “Rock art and hunter-gatherer archaeology: a case study from SW Texas and northern Mexico”, *Journal of Field Archaeology* 17:263-281.
- Wobst, H. Martin
 1977 “Stylistic behavior and information exchange”, en *For the director: research essays in honor of James B. Griffin*, Charles E. Cleland, ed., pp. 317-42, Museum of Anthropology Anthropological Paper 61, University of Michigan, Ann Arbor.